se apresuró á dar lectura de ella en plena Cámara, produciendo con su acto una general expectación. Y como simultáneamente, la prensa revolucionaria del país dedicaba gran espacio á relatar todo cuanto del *affaire* se sabía. El gobierno entonces, para calmar la agitación, decidió tomar cartas en el asunto.

Se sabe ya lo que siempre es esto: un medio de desorientar á la opinión con una verdad oficial que es falsa. *Para no perder la costumbre*, en la presente ocasión, una vez más, se hizo lo mismo.

La comedia consistió en formar causa á los que la opinión señalaba como asesinos de Aernoult. En Septiembre de 1910, los así señalados, Sabatier, Beigner, etc., comparecieron ante un consejo de guerra, el cual, igual que en otro tiempo cuando el proceso Dreyfus se hizo con el traidor Esterhazy, declaró inocentes á los sumariados. Pero durante las sesiones públicas del consejo se pudo apreciar que los testigos de cargo no habían aparecido: unos, según se dijo, estaban disfrutando de licencia; otros, ya habían cumplido sus años de servicio y se marcharon á sus casas; otros, en fin, se retractaron de todo lo que primero propalaban... Si los verdugos, si los amantes del «honor» del ejército francés se creyeron á salvo después de esta burda farsa, los hombres que saben el valor que tienen las verdades oficiales, inspiradas siempre en razón de Estado, se afirmaron en sus propósitos de protesta con más empeño que nunca.

Y la campaña de agitación se reanudó con fuerza, sostenida principalmente por el Comité de Defensa Social, la «C. G. T.» *L'Humanite, Le Temps Nouveaux, La Guerre Sociale* y demás periódicos y agrupaciones sindicalistas, socialistas y anarquistas. El sindicato «terrassiers», de París, los antiguos compañeros del pobre Aernoult, acordándose del que por un delito de huelga hubo de ser destinado á los Batallones de Africa y aquí encontrar la muerte, tuvieron el noble arranque de poner toda su caja social bien repleta, á disposición de los que sostenían la protesta.

Para dar mayor intensidad á la agitación, algunas organizaciones y periódicos acordaron enviar á Argelia varios delegados suyos. De este modo fué cómo se pudo saber toda la verdad, la cruel verdad de lo que le sucedió á Aernoult y lo que le sucedía ahora á Rousset, así como también se conocieron además otros crímenes y otros suplicios que permanecían ignorados y de los cuales eran víctimas los pobres disciplinarios. La obra de los verdugos militares iba á ser pronto divulgada por toda Fraccia.

Y se divulgó todo cuanto aquellos delegados habían visto en Argelia. Al cabo, pues, de la campaña contra los asesinos de Aernoult y por la revisión del proceso de Rousset, también se iba contra el régimen bárbaro á que estaban sometidos los disciplinarios, causa originaria de todo lo otro. Esto hizo que el gobierno, á poco, ordenase el que los que antes cumplían su servicio en los Batallones de Africa, lo cumpliesen en lo sucesivo en compañías establecidas en la misma Francia. Algo era lo conseguido, pero no era bastante. Quedaba aun mucho que trabajar. Y hasta el final se iría.

Escarnio

16 de Febrero

Día en que seré JUZGADO, por *escarnio*... Y me pregunto muchas veces: ¿puede escarnecerse un esqueleto? ¿quitar carne á un hueso? No hallo contestación categórica que darme, pues se da el caso que aquellos que han de juzgarme, dice el mundo que son los sabios, los doctos, los que buscaron en los libros de la ciencia del saber, y á pesar de ello, el mundo se equivoca, porque ni ellos son doctos, ni sabios, ni nada; son hombres que viviendo en el error quieren que los demás lo imiten, que sus coetáneos, sean la claque; los *alabarderos* que aplaudan sus fallos, porque ellos con sus leyes anacrónicas poseen títulos para condenar á los hombres que no comulgan con el credo de aquellos *varones sesudos* y sapientísimos, que sólo viven de maldades propias.

Los derechos de la ley, son tópicos tras de los cuales se oculta la estulticia de los manipuladores de ella con cuyo manto cubren sus grandes miserias

El derecho por el derecho mismo es un mito en la actual forma extructural d.l orden social: el derecho no se justifica más que con el triunfo, y la balanza de Astrea no se inclina más que ante el más fuerte en el orden material y nunca ante el que tiene más razón. La Justicia suprema mentira, tras la que se escuda el conjunto monstruoso de un estado positivista y grosero que tiene por guía el individualismo descarnado del hombre del clan. Voy á tratar ahora sobre el *escarnio*.

Dios, esa ficción errónea de la antigüedad, no puede, no debe ser patrimonio de esta sociedad en que la civilización busca un más ancho campo cultural, y basta decir sólo que *dios* no existió nunca, que *dios* es una concepción empobrecida de algún maldito, que tras sus perversidades, sus crímenes, ha hecho que durante XX siglos viva la humanidad sumisa, postrada ante una *cosa* que de ser verdad «que está en todas partes», debe estar también en los excusados, expuesto al excremento diario y á las provocaduras de los bochornosos beodos.

Dios antihigiénico y antiestético, *dios* perverso y cruel, *dios* criminal, merecería de ser cierto los *milagros* de ese mismo *dios*, se hiciese uno así mismo quitando y quitándose ese poder absurdo que han dado en declararlo sus representantes en la Tierra.

¡Escarnio á la religión! ¿Cómo puede escarnecerse un culto si no se es partidario de él? ¿Cómo no escarnece el mahometano, el buddista y tantas otras mentiras del *deismo*? Sólo puede escarnecer aquel que profesando un ideal, una profesión ó un culto, hiciera mofa de él; pero aquel que por haber comprendido los errores de la secta á que perteneció de grado ó por fuerza, que ridiculice los actos salvajes de los sacerdotes ó profesores, ese está exento de culpa, pues sólo hace una crítica de aquella mentira social, como puede hacerla de un Ayuntamiento, de una Diputación, de un Estado, de una Sociedad ó de un libro.

Escarnecen á la religión los que adulteran los productos, los que comen del sudor ajeno y los que prostituyen á la humanidad; y escarnecen todos estos á la religión los curas estafadores, los frailes sodomitas y las monjas que dan á luz.

Escarnecen á la religión los burgueses que explotan, las leyes que condenan y los gobernantes que engañan como Canalejas, Maura, La Cierva, etc.

Y escarnecen todos estos á la religión, porque dícense sacerdotes y devotos de esa secta, porque dicen idolatrarla, porque dicen amar la verdad y odiar la mentira, siendo todo lo contrario en su conducta y en sus acciones.

Yo no sé si esto es filosofía ó un maremagnum de palabras hueras; sólo sé decir que cuando del mito fantásticico *dios* se habla, me sublevo, me indigno y quisiera poder cambiarme en aire envenenado para que al respirarme los seres se inocularan los unos de odios, de este grande odio mío, sublime y matador; y los otros, de un veneno mortífero, de mi veneno reconquistador, purificante de la sociedad que ansío.

JOSÉ ARRANZ

Jerez de la Frontera

Para el primer tema del Concurso

No practicarla

Preguntan los compañeros de Gorgona (Panamá) qué medios son los más prácticos para combatir la religión y en los tiempos que corremos, después de los descubrimientos de las ciencias Astronómica, Geológica, Química, Mecánica, etc., después de los resultados negativos que para la existencia divina han dado los análisis de las patrañas religiosas, después de la acertada y severa crítica que de la moral del clero han hecho los más sabios y atrevidos pensadores: el medio más práctico de combatir la religión, es teorizar con el ejemplo: no practicarla.

Natural, que esos descubrimientos, esa crítica, es preciso lleguen á donde la publicidad no ha podido hacerlos llegar, á donde la estúpida fe ó el fanatismo intransigente han puesto una barrera á la luz, y, para lograr que esa luz, esos conocimientos, penetren en los más apartados rincones, se pueden, ó mejor, se deben aprovechar todos los medios adecuados, ya la propaganda oral, ya la escrita, poniendo siempre de manifiesto, los absurdos en que tiene su base la religión, ese edificio que tan poca consistencia tiene, tan pronto como el cerebro se despoja de la fe que hace imposible la evolución del pensamiento.

¿Qué individuo al abandonar esa ridícula fe, puede aceptar que nuestro planeta, nosotros, cuanto en él existe, fué obra caprichosa salida por las fauces de un dios consentidor de que unos de sus hijos se mueran de hambre y otros de harturas, consentidor de las guerras, la peste y mil más calamidades que sobre la humanidad pesan? ¿Quién que esté en posesión de un algo de lógica y buen sentido, puede aceptar que ese dios nos creó, que por ser autor de todo lo es hasta de nuestros pensamientos, que nos inspira nuestros actos y que luego por nuestros pensamientos y por nuestros actos nos condena á una eternidad en llamas? Hacer esto, es completamente igual que si un padre inspira, manda, aconseja ú obliga á un hijo, á realizar una obra ó acción imperfecta ó mala y luego de mostrarle los defectos de esa obra ó de esa acción, lo mata de hambre.

Bien puede afirmarse que el padre que esto hiciera, era un criminal mónstruo, y yo no afirmo ó no digo que lo es el dios que lo hace, porque tengo una convicción firmísima de que toda divinidad es pura leyenda.

Hacer estas consideraciones donde sean necesarias, es laborar por el esclarecimiento de la verdad; cada descubrimiento científico que se hace, es un nuevo golpe que se asesta á la ya anémica falsedad divina; mostrar lo casi nada ó nada que practican lo que ordena la religión, los encargados de su pastoreo, es instigar á los creyentes á la observación; pero hoy que la masa del pueblo no tiene un adarme de fe, hoy que la tendencia es acabar con la religión católica y con todas las religiones, no hay nada más práctico contra esa religión que no practicar ninguno de sus ritos, que los convencidos de la mentira no seamos cómplices de que ella siga imperando. Apartándonos completamente de todas las bobadas religiosas, el ejemplo no tardará en dejarse sentir, puesto que si la iglesia ó la religión cuentan con fuerza suficiente para subsistir con una vida de boato y de esplendidez, ello no es debido al amor de los que con su pasividad la sostienen, sino á la costumbre, al convencionalismo ambiente. Ocasiones mil he tenido de discutir ó teorizar, con individuos de ambos sexos, los cuales, días, horas y hasta minutos después de haber practicado una fórmula religiosa, tal como el matrimonio, el bautismo de un hijo, la confesión, etc., han convenido conmigo en que la existencia de dios con toda su corte celestial es una solemne mentira.

Yo no creo que estos individuos cuando niegan toda existencia divina, lo hagan con conocimientos, con convicción, y, menos cuando aceptan esa divinidad; pero sí creo mucho más lógico, que un individuo niegue la existencia de lo que nadie le ha demostrado, que lo acepte con una venda en los ojos.

Este es el concepto que de la religión tiene la inmensa mayoría del pueblo, la practica porque otros la practican, aunque no sabe lo que practica, como bebe alcohol porque otros lo beben, sin preocuparse si el alcohol le mata, como aspira el humo del tabaco porque otros también lo hacen y así en todo. Siempre la rutina. Eso es hoy la religión en la mayoría del pueblo, una costumbre y nada más.

Cierto es, que hay algunos desgraciados lugareños, para los cuales la Ciencia y cuanto constituye el progreso de los tiempos que corremos, es obra de ese hipotético demonio y, á los que decir que la existencia de dios es un mito, es herirles en lo más hondo de sus sentimientos, pero esta fe ciega, este fanatismo, sólo se halla en estas infelices gentes. En el pueblo de las grandes ciudades, en el pueblo donde han llegado á penetrar los rayos de luz que la Ciencia y la crítica envían hasta donde le es posible hacerlos llegar, ese fanatismo, esa fe, no existe en los ramos del trabajo, ni existe en los del saber, y lo que es más, no existe en los encargados de propagar la burda doctrina, los cuales saben que cuanto propagan, es comedia que defienden, porque en esa defensa tiene base su cómoda vida. Si el clérigo no tuviera por medio de vida el propalar sus patrañas, no se recataría de lanzar á los cuatro vientos la afirmación de que cuando afirmaba lo que no sabía, cuando argumentaba en pro de una doctrina que no sentía, su objeto no era otro que defender ese medio.

A entender mío este es el estado de la religión católica. Tienen una torpe ó inconsciente fe en ella los más ignorantes, los que aun no se han ocupado de saber cómo, cuándo y por qué existe esa religión. Para estas gentes el analizar es un delito, bien claro lo dice el catecismo al contestar quien es ese dios base de la religión; «dios es un sér grande, bueno, justo, etc., al que no se puede pensar ni discutir» y esto que es bárbaro y criminal, lo han aferrado en la mente de las tiernas criaturas los embaucadores que viven muy á gusto de la ignorancia del vulgo, y como esas criaturas al llegar á mayor edad, no han logrado vislumbrar esos rayos de luz de que antes hablo, siguen sumidas en la más estúpida resignación. Pero afortunadamente, hoy el mayor cupo, la casi totalidad del pueblo ha pasado ya de ese estado, y, si no ha llegado á ponerse en lucha abierta contra todos los sofismas divinos, es porque faltan hombres de voluntad indomable, hombres que no transijan con la costumbre, que den ejemplo haciendo la unión con la mujer sin contar con la iglesia, no bautizando á sus hijos, no enterrando á sus muertos bajo la tutela religiosa. Así se lograría que la masa sin fe, esa masa que lo mismo niega á dios que lo acepta, viendo que otros individuos vivían sin practicar las tonterías religiosas, siguiera la corriente nueva, con la cual, se daría al traste con esa religión que un día se impuso, no por la lógica, ni por el amor, sino por la fuerza que la dieron sus intereses mal adquiridos y por la ignorancia y cobardía del pueblo, al cual, con sus doctrinas atrofiaron la mente y castraron la energía.

Esto es lo más práctico contra esa religión. No practicándola los que estemos convencidos de la farsa, el ejemplo cundirá y la religión católica dejará de existir, aunque quedarán subsistiendo otras religiones, pues ellas, no acabarán mientras sean medios de vida para parásitos, mientras haya intereses. El día que los intereses sean comunes, el día que el capital deje de existir, las religiones ultraterrenas que encarnan en mitos, y las muchas sin creencias en ultratumba á cuya sombra en la tierra viven muchos hombres ídolos, rodarán en confuso tropel por las pendientes de la indiferencia y llegarán á caer en las llanuras del olvido.

MANUEL SAINZ

Madrid

CRONIQUILLA

Del taller á la iglesia

Mi pueblo arde en fiestas. Campanas echadas al vuelo; colgaduras en los balcones; las mozas, ataviadas con sus más joyantes trapos; los mozos, siguiendo á las mozas; músicas, tracas, fuegos artificiales, alegrías momentáneas, algazara, bullicio. ...

Acaba de llegar en el tren, facturado á gran velocidad el objeto engendrador del jolgorio: un «Corazón de Jesús».

¡Corazón! ¡Qué hermosa palabra! ¡Qué terrible sarcasmo, traerle en el furgón del ferrocarril á semejanza del maderámen con que se construye un circo de titiriteros!

Y es que el destino, la realidad, son terriblemente crueles, aunque se les trate de enmascarar. Ese corazón, producto de un árbol añoso ó joven—es lo mismo—leña es, un cacho de fusta salido del taller.

Quizá momentos antes de su apoteosis, los obreros que le dieron la forma, amargados por su vivir desesperado, cansados de las horas de ímprobo trabajo, rendidos por la fatiga, renegaran de él.

Momentos antes, el mismo armatoste, envuelto en una funda, sería visitado y hasta roído por las ratas. Y como está constituído de una madera consistente—para que dure más—no se da cuenta de nada.

Es tan duro, que en el taller no pudo impedir la presencia de asquerosos bichos es tan duro, que cuando esté ya en su altar de la iglesia de mi pueblo, no sabrá remediar el hambre, la desesperación y la desigualdad, reinante entre los infelices que ahora le aclaman.

Diz que este corazón muerto,—sin movimientos de sístole y diástole—cuesta un puñado de duros, los bastantes para matar el hambre de muchos hogares.

¡Tú, corazón de Jesús, emblema del Amor, símbolo de la fraternidad ¿lo consientes?

¿Cuándo tu dueño puso precio al corazón?

. . . .

Soy del parecer que estas colgaduras y fiestas de hoy, debían ser negras. Negras, sí. ¡Hay algo más tenebroso y obscuro que un invierno sin pan?

Pues con el derroche ese se acrecienta la miseria de muchos, de muchos que creen y musitan años y años, siglos y siglos: *venga á nos el Tú reino...*

¿Ha venido ya? No; pero ahí tenéis desdichados, su corazón—de higuera ó nogal—para que os remedie á cambio de una espuerta de plata.

¡Hermanos, creed, rezad, divertíos! ¡Siga la farsa!

. . . .

E. MALBOYSSON PONCE

Benaguacil.

Para los cándidos...

Leo en un periódico que ostenta la falsa etiqueta de revolucionario, que la huelga que ha tiempo vienen sosteniendo los obreros tranviarios de Lisboa, se ha agravado hasta el punto de inquietar seriamente á las autoridades de dicho país, las cuales en vista de las proporciones que adquiere el conflicto, y en previsión de cualquier alteración de orden, han suspendido las garantías constitucionales, declarando el estado de sitio, y practicando infinidad de detenciones.

Esto para mí nada tiene de particular, pues sé, que el deber de todo gobierno, cualquiera que este sea, es, el de mantener el orden ó sea ametrellar á los trabajadores cuando cansados de sufrir los latigazos del hambre, consecuencia de la explotación capitalista, se alzan en demandan de aumento desalario ó disminución de horas de trabajo.

Esta es la misión de toda autoridad: por esto la actitud adoptada por el gobierno de la flamante república portuguesa, frente al litigio de los tranviarios me parece lógica, y no hubiera emborronado estas cuartillas, si el mercenario plumífero que transmite las noticias al referido papelucho, no añadiera á manera de comentario una coletilla, én la que con manifiesta mala fe, pretende restar simpatías á dicho movimiento diciendo que se ignoran las causas que han dado origen al movimiento, aunque se supone alentado por el jesuitismo, el cual pretende por todos los medios restablecer la caída monarquía.

Añade que en interés á la libertad, tan gloriosamente conquistada por el pueblo lusitano, no debe éste crear dificultades á la consolidación de la república.

¿Qué tal? ¿Verdad que tiene tupé el obtuso ó bellaco plumífero?

¡Se ignoran las causas! ¡Qué ingenuidad! ¡Y yo que creía que los obreros de Lisboa, igual que los franceses, españoles, ingleses, etc., sufrían los rigores de una constitución social basada en la fuerza con sus consiguientes deprivaciones, opresión y miseria!

Según el gacetillero, yo estaba equivocado al creer que los obreros portugueses con el cambio de régimen político, sólo habían cambiado de amo ya que la causa que determina el malestar subsistía en pie, y que no es otra, que el latrocinio burgués, sancionado por las leyes tanto monárquicas como republicanas. Pero no; yo no estaba equivocado; sábelo muy bien el susodicho plumífero, aunque su conveniencia política le hace ocultarlo.

La huelga de los tranviarios portugueses, como todas las huelgas, tiene su origen en el hondo malestar que pesa sobre todos los explotados; y atribuirla á manejos jesuíticos, sólo puede ocurrírsele á quienes tienen interés en que los trabajadores españoles, no salgan del error que padecen, al considerar eficaz para su liberación la lucha política, siendo así que ésta dificulta en grado sumo, la progresión de las ideas de verdadera libertad.

Díganlo si no esos obreros portugueses que no ha mucho expusieron sus vidas en una lucha tan estéril, que en nada ha mejorado su dura condición de despojados.

La conducta del gobierno republicano, lanzando á las calles las tropas para fusilar á los obreros que no se resignan á sufrir pacientemente la extremada explotación de que les hace víctimas la avaricia burguesa, es de esperar servirá de provechosa lección á los que confían en las falsas promesas de los redentores de pega, y encaminarán sus esfuerzos á la consecución de la verdadera regeneración humana, ó sea al establecimiento de una sociedad armónica, fundamentada sobre las bases de solidaridad y justicia.

ANGEL LACORT

Cárcel de Zaragoza, enero, 1912

La lucha brutal

¡Abajo las guerras! Este es el grito que sale de la boca de todas las personas que en su corazón sienten sentimientos humanitarios; este es el grito que yo lanzo con toda mi indignación contra los causantes de ellas y contra todos los que las apoyan.

¡La guerra! ¡la lucha de los hombres con los hombres! lucha bárbara y brutal que hace estremecer de horror á la humanidad; acto salvaje indigno de los tiempos modernos y de las naciones que blasonan de cultas y se titulan civilizadas; cosa sólo aceptable en los tiempos de la barbarie en los tiempos medievales, en que por causa del estado retrógado, los pueblos se hacían la guerra; mas hoy que las ciencias adelantan á grandes pasos, que estamos en el siglo XX, el siglo de los grandes inventos, de la telegrafía sin hilos, de la locomoción aérea, de la astronomía que desvanece con pruebas irrefutables la superstición de que dios hizo el mundo y de que tal dios existiese, causa de muchas guerras y luchas; que las máquinas suplen el brazo del trabajador; que los ferrocarriles unen los pueblos con los pueblos naciones con naciones; que surcan los mares grandes trasatlánticos que nos trasladan de un continente á otro con gran rapidez, haciéndonos sociables con las distintas razas que pueblan este planeta, no se concibe tan absurda civilización.

No obstante este floreciente progreso en las ciencias, en la mecánica y en la inteligencia de una gran parte de la humanidad, todas las naciones desde la más fuerte y poderosa á la más débil, lo escarnecen con sus preparativos belicosos con sus grandes fortalezas marítimas llamadas acorazados, con sus grandes ejércitos que tienen preparados para destrozarse mutuamente con los de otras naciones ó para luchar contra el pueblo y contra sus propios padres que confundidos con la multitud hambrienta que pide pan son acribillados por las balas del fusil fratricida que empuñan sus hijos; con los cañones de gran calibre, para que los efectos sean mayores y la destrucción más grande y terrible y con los demás aparatos destructores, mortíferos y criminales inventados por seres inhumanos y sin entrañas.

Esta es la civilización moderna y estas son las naciones que con el falso pendón de la civilización y de la cultura, invaden el territorio de los pueblos retrógados para ensanchar los dominios de la tiranía, de la explotación y para llenar las arcas de la burguesía por el medio inicuo de la expoliación; escondiendo detrás de este pendón, el cañón y el maüser, haciendo de aquellas tierras un matadero, en el cual hacen el papel de reses los hijos del proletariado; acabando con la existencia de hombres, con la juventud y con las inteligencias.

Por eso las guerras sólo las apoyan la burguesía y los agiotistas, porque saben que en esta lucha brutal de la humanidad pueden llenar sus cajas de caudales sin necesidad de derramar su sangre azul, sino la roja del esclavo del taller y de la fábrica, la sangre del productor, del que fertiliza los campos con su sudor.

Las guerras, poco á poco nos van llevando á los tiempos de la invasión de los bárbaros y de la Edad Media, en los tiempos sangrientos de Waterlóo, de Austerlitz, Sedán, etcétera, etc., y como continuadores de estos montones de carne humana mutilada, vino á aumentar la pila macabra Port-Artur y actualmente Marruecos y Trípoli.

Ante el avance de la moderna barbarie y de todos estos preparativos bélicos que hacen las naciones, es necesario que todos los hombres conscientes, los que luchamos en pro de un ideal de justicia y libertad, los que somos enemigos de toda lucha que no sea en beneficio de toda la humanidad y no en exclusivo de la burguesía y nuestros opresores, debemos impedir que se derrame más sangre humana en estas luchas guerreras que esparcen el odio entre los hombres, debemos impedir que la juventud de una nación se destroce con la de otra nación por el solo motivo de defender una corona, un gorro frigio ó por las minas de unos agiotistas; y para esto hace falta demostrarle al proletario, que en vez de emplear las energías en luchas en que él hace el papel de víctima, que las empleen en mejorar su situación; demostrémosle que antes que las guerras son preferibles las revoluciones.

Nuestro grito debe ser el de ¡guerra á las guerras! y el de ¡viva la fraternidad mundial!

J. COT

Contestando á un zoquete

Por conducto de un lazarillo que presta sus servicios en casa de un *Juglar*, hemos recibido un ejemplar del libelo titulado *El Progreso* (órgano de los chinos), correspondiente al día 23 del presente mes. Después de darle las gracias al pobre muchacho por haber cumplido el encargo de su amo, desdoblamos el papelucho de referencia para ojear su contenido y... ¡cataplum! nos encontramos con una serie de *rebuznos barberiles* representados por medio de signos gráficos que nos hacen notar el grave estado mental en que se halla su autor.

Examinemos lo que dice en uno de sus párrafos:

«Yo no dije en el Congreso Nacional de la Libertad que sea patriota en el sentido que le quiere dar el órgano de los fracasados de la vida; lo que dije lo oyeron cuantos estaban presentes en la sesión, y no es hora ni vale la pena de insistir sobre el asunto, ya que yo me debo únicamente á mi partido y á mis correligionarios, quienes conocen de sobra mi criterio; en cambio dije, y TIERRA Y LIBERTAD con sus comentarios ha venido á darme la razón, que los anarquistas adulteran el verdadero sentido de la educación y que su concepto de la libertad, enseñado á los niños en la edad primera, no conduciría á otra cosa que á preparar una generación de desgraciados».

Empezamos por ratificarnos en lo descrito en el número anterior, y si por alguno de aquellos convencionalismos propios de su política le parece mal el calificativo de *patriota* proferido por sus propios labios, la culpa no ha sido nuestra, pues con tranqueza, en la reseña no hicimos otra cosa que estampar las notas tal cual no las ofrecían los que desempeñaban el cargo de oradores.

Por otra parte, nos hace saber ese mostrenco, quo carece de personalidad propia, por cuanto afirma en su escrito que todo su *Yo* se lo debe á su partido y á sus correligionarios. De modo que usted no es usted, lo que bien definido quiere decir: *una reliquia empeñada*.

En cuanto al concepto que le merece la educación de la infancia, no podemos pasar sin manifestarle que está completamente equivocado; pues si preparando á la juventud por medio de una educación verdaderamente racional sale una «generación de desgraciados», su desgracia consistirá únicamente en encontrarse frente á esas otras generaciones que han sido adiestradas en las escuelas jesuíticas y laicas. Tenga en cuenta que si de aquellas escuelas salen generaciones de desgraciados, de éstas que usted y los suyos preconizan saldrán mesnadas de seres degenerados que serán el principal obstáculo para la marcha del progreso humano.

Nos basta con lo dicho para que se dé cuenta de su imbecilidad; no queremos perder el tiempo lastimosamente discutiendo con un idiota que pretende detener la marcha á cuantos caminamos hacia la clara luz del día; porque, la verdad, nos parece mentira que con su aspecto de *ángel bobo* oculte tanta maldad.

Conste que no haremos caso, cuando ladre, al que salió á puntapiés por la puerta falsa de la «Biblioteca Ferrer», debido á un asunto que él sabe y nosotros nos reservamos.

Desde Portugal

Para «Tierra y Libertad»

La huelga general en Lisboa fué formidable. La reacción lo fué también y jamás se ha visto ni en los monarquías más reaccionarias, tal persecución á los trabajadores. Los socialistas portugueses, desacreditados en todo el país, con algo de vida aquí en la ciudad de Porto, gracias á la Federación del Norte, que mangonean á gusto, ha tomado la heroica resolución de pedir misericordia para los sindicalistas y anarquistas presos. Si esto no fuera indigno, sería ridículo después de la infame traición que han hecho á los trabajadores del sud, contestando con la pasividad á las demandas de solidario apoyo. Son siempre los mismos, cobardes y temerosos en todo aquello que importe un peligro para su vida ó su libertad. El flamante diputado que tienen en el Congreso, en su informe de las huelgas últimas, manifiesta que los anarquistas combatimos la autoridad erigiéndonos en autoridad también, y que somos unos tiranos cuando violentamente impedimos el trabajo en las fábricas y atentamos contra la libertad. Después de recomendar á los trabajadores serenidad, pide que hay que defender la república y no ponerla en peligro con actitudes violentas. Cosas de este calibre no merecen refutación ni comentario, puesto que á lo que aspiran es tener en el Congreso muchos diputados y hacer de Portugal una petit Alemania social. Da gusto oir á los socialistas más caracterizados, hablar de disciplinar la autoridad, disciplinar las huelgas, disciplinar la masa proletaria. Quieren hacer de la vida una pura disciplina, con reglas matemáticas: puro automatismo.

Los estudiantes de Coimbra, han publicado un valiente manifiesto anarquista, vibrante y enérgico, lleno de conceptos viriles de protesta, con cargos concretos para los *Joan Franco* que dirigen los destinos de este país. En él se anulan los infamantes rumores de complicidad con los monárquicos y emplazan á los gobernantes lusitanos para que prueben la verdad de sus asertos. También otro manifiesto de la Unión de Sindicatos de la región Norte, después de condenar la criminal actitud gubernamental, exige nombres y pruebas de los anarquistas y realistas complotados para destruir la república. Protestan los obreros con toda energía de los liberticidas gobernantes que ni á los niños ni á las mujeres respetaron, llenando de luto y de pena centenares de hogares.

Ahora hace falta que el proletariado del Orbe entero, proteste contra la tiranía portuguesa, iniciando una campaña internacional hasta obtener la libertad de los camaradas que actualmente moran en los lóbregos calabozos de las tétricas cárceles portuguesas. Los compañeros franceses, que son quienes más pueden hacer, tienen la palabra.

La democracia lusitana está manchada de sangre; veremos como la limpian sus apóstoles. Sublime enseñanza es ésta para los obreros que creen en la república. Yo, que estoy ahora en esta novísima, y que aun no hace tres meses fuí expulsado de otra á ésta parecida—la Argentina—ya estoy curado y hablo por experiencia. El cambio de régimen nada importa; lo que es necesario es trabajar por la total desaparición de todo gobierno y autoridad, por el triunfo de la Anarquía.

JOSÉ TATO LORENZO

Porto 14 Febrero de 1912.

REALIDADES

Tristezas de aldea

¡Toda ella está triste!... Un velo de nostalgia cubre por igual la pintoresca aldea, donde no ha mucho tiempo todo era alegría, ilusiones mantenidas al calor de risueñas esperanzas que vagaban en medio de un celaje de amores futuros se han desvanecido, ya no se oye el cantar alegre de las mozas en impaciente espera del piropo compensador, ni el rasgueo de la guitarra convida á danzar en medio de ardoroso entusiasmo; sólo se percibe á intervalos la voz del alejado zagal, el balido de la oveja, el susurro monótono del agua al descender entre los riscos de cercanas cumbres. Un silencio casi sepulcral invádelo todo; es éste la protesta elocuente de seres que por la ancha y polvorienta carretera vieron alejarse la juventud querida que mantenía vivo el fuego de la alegría en la que se condensaba el amor cantado á todas horas, coreado por las melodiosas notas de la guitarra enfundada, huérfana del deseo. Se alejaron seguidos de tristes miradas que hicieron brotar lágrimas compasivas, se perdieron en el zig zag del camino sirviéndoles de fiel testigo el alto campanario, donde veíanse agitar pañuelos indicativos del hondo pesar que atrás dejaban.

Un ¡adiós! entrecortado por muestras de pesar lanzaron al espacio cuando el alto testigo de la infancia esfumábase en las lejanías, y la noche misteriosa, embriagada de melancolías, borraba con su negro capuz las sombras de lo conocido.

Una ley los llamaba, un deber les obligaba; tras ella y él un castigo severo flotaba sobre la paz de los hogares en caso de rebeldía; la patria los llamaba y, abandonando padres y seres queridos, fueron á cumplir el deber; desde entonces la aldea está sumida en la tristeza, y cuando el toque de *Angelus* vibrando lúgubre y tristón anuncia a los rudos y ancianos padres de los soldados la vuelta al hogar tras la penosa y cotidiana tarea, éstos entonan en bajo una canción rebelde aprendida después en horas amargas cuando el pan faltaba y la tierra no producía, falta de labranza, cantaban bajo temerosos de verse frente á sus hijos obligados éstos á cumplir el mandato de la ley.

La aldea sigue triste y los campos yermos piden el esfuerzo alejado...

FERNANDO RAMOS

Madrid

La Justiciera

El día que la reina Berta supo que sus jueces vendían la justicia, se entristeció profundamente. Era una mujer de sentimientos elevados y corazón sensible, capaz de sentir los dolores de sus semejantes. El difunto rey su esposo, fué un déspota fanático y sanguinario, un amo feroz, brutal; por lo que ella resolvió consagrar la existencia á hacer la felicidad de sus súbditos, con objeto de que éstos olvidaran las tiranías del anterior soberano, y al propio tiempo satisfacer una necesidad de su corazón. Cuando conoció las iniquidades de sus magistrados, se sintió desesperada. Pensó en las innumerables víctimas que habrían hecho, y se estremeció al pensar que ella había contribuído á fomentar tanto mal. Sin embargo, la reina revistió siempre de armiño y púrpura á hombres de reconocida virtud, viejos austeros y jóvenes enemigos del vicio, cuya benevolencia debía atemperar la rudeza de sus rígidos antecesores.

Todos habían faltado á su misión poniéndose del lado de los ricos, no escuchando las quejas del pobre, despojando al miserable de su viña. Escuchando el relato de tanto crimen la reina lloró, como el día que le revelaron la maldad de su esposo. La desesperación llegó hasta el delirio, pues desconfió de la bondad é integridad de sus jueces, hasta creer imposible que la justicia pudiera hacerse con hombres tan refinadamente perversos.

Desde entonces, la reina resolvió ser ella la justiciera; consolaría á los desgraciados en sus cuitas; distribuiría recompensas y castigos.

Como su reino no era grande, podía cumplir, ella sola, la loable tarea que se había impuesto, y viajando por montes y valles, constantemente escuchaba los lamentos de los desgraciados, los sollozos de los humildes. Era complaciente y benévola para con los infelices, pero inflexible para con los que atentaran al bienestar de los demás.

Una mañana llegó á un pueblo, en el que no había estado nunca, situado en el fondo de un valle solitario, rodeado por el cerco verdoso de feroces montes, en un paisaje tranquilo, de opulenta alegría. Cuando bajaba por el camino, serpenteando la falda del monte, las casas del pueblo aparecían como islas en medio de un océano dorado, de hermosas mieses que, agitadas por el viento, producían ondulaciones y murmullos de apacible encanto. La reina quedó admirada al contemplar tan grandioso espectáculo, y su regocijo fué inmenso, pensando que en aquel rincón de su reino, en tan ameno y poético país, todos habían de ser felices.

Las gentes del pueblo salieron á recibirla, y colocándola en una litera, previo su consentimiento, la llevaron á la plaza, frente á la iglesia, donde habían construído con maderas, una especie de tribuna, adornada con ricas telas y hermosas flores. Después de obsequiarla con manjares y frutas, un heraldo, desde el trono improvisado, sonó tres toques de corneta, cuyos ecos repercutieron en el valle, y luego invitó á todos los que tuviesen agravios ó quejas que exponer, que se dirigiesen á la reina. Muchos llegaron hasta ella; hombres ó mujeres, gentes de fino cutis y cuyas caras rebosaban satisfacción; vestían elegantemente trajes de rica tela. Todos se quejaban de recíprocas usurpaciones, y la voz de cada uno adquiría una rudeza sorprendente cuando decía: «mi campo», «mis frutos». La reina intentó reconciliar los mutuos intereses de todos, pero no pudo.

La visible aspereza de los tenaces señores la disgustó mucho y sólo se consoló al pensar que ninguno de ellos había cometido crímenes ni malas acciones. Iba á retirarse cuando se apercibió de que, por en medio de la multitud, un hombre, con mano vigorosa, empujaba á un desgraciado harapiento, delgado, lívido, que todos á su paso saludaban con golpes é insultos. Cuando llegó al regio tribunal, los soldados de la escolta lo cogieron y separaron del escandalizado populado, al que la reina preguntó en alta voz cuál era el crimen del sujeto á quien tan malamente trataban.

A esta pregunta sucedió inmediatamente un espantoso clamor: todos avanzaron hacia el trono y á un mismo tiempo pusiéronse á hablar. El que acababan de arrastrar hasta el trono no vivía, desde hacía muchos años, más que de rapiñas y robos audaces. «Habita en el fondo de un monte lejano en una choza solitaria; por las noches asalta los muros de nuestros corrales, nos *limpia* nuestros gallineros, ordeña nuestras vacas y diezma nuestros frutos. El mismo que le había llevado hasta allí acababa de sorprenderlo segando en uno de sus campos».

—¿Por qué tomas lo que no te pertenece? —le preguntó severamente la reina.—¿No sabes que en nuestra religión y en nuestras leyes está escrito: «no robarás»?

Iba á contestar el desgraciado, y al ver las miradas amenazadoras de los que le rodeaban, alzó los hombros indiferente y la reina Berta no pudo conseguir del acusado ni una palabra de defensa. Entonces ella creyó ver en el harapiento un ser obstinado en el mal y decidió condenarlo á tres meses de calabozo.

Después, como nadie se presentara, se levantó la audiencia y, tras algunas horas de reposo, la Justiciera continuó su marcha.

Tres meses después, al volver hacia la capital de su reino, Berta quiso pasar nuevamente por el valle de la abundancia. Era por la tarde, y al bajar la pendiente del monte, la reina oyó clamores lejanos, gritos de amenaza, ira, desesperación y rabia, y al llegar á un pequeño llano que dominaba la villa, vió á lo lejos un gentío inmenso que gritaba desaforadamente, persiguiendo á un hombre casi desnudo. La noche se aproximaba, y al subir el fugitivo y sus perseguidores á la cumbre de una pequeña colina, á la luz de los últimos rayos del sol, la reina vió que la multitud iba armada de guadañas, hachas y hoces que agitaban furiosamente.

. . . .

Cuando los más ligeros y tenaces perseguidores seguían de muy cerca al fugitivo, tropezó éste y cayó á los pies de un caballo de los del regio séquito, y los soldados avanzaron á contener la frenética muchedumbre. Aproximóse Berta al extenuado y andrajoso fugitivo, y al fijarse en él lo conoció: era el ladrón que tres meses antes había condenado.

Entonces ordenó que lo levantaran y dirigiéndose á los perseguidores les preguntó sobre la nueva fechoría que había cometido aquel miserable. El griterío fué tal que nadie pudo oir lo que la multitud vociferaba. Iba á repetir la pregunta, cuando oyó detrás de ella estas palabras:

—¿Preguntas cuál es el crimen de ese hombre? Pues es el de haber sufrido tu justicia.

La reina se volvió y vió que el que hablaba era un viejo pastor de aspecto grosero, con barba hirsuta, canosa y tez tostada por el sol. Con algo de desdén le dijo:

—Explícate, buen hombre.

—Con muchísimo gusto, reina: escúchame. Este, por orden tuya fué encerrado en un calabozo. Durante tres meses ha sufrido la sombría tristeza del lóbrego antro; el martirio de la falta de libertad; el dolor de estar separado de sus seres queridos. Ayer tarde, cuando los carceleros le abrieron la puerta, corrió como lobo herido hacia su choza y en ella encontró su mujer y su hijo muertos de hambre, porque durante su encierro nadie se había ocupado en socorrerles. Entonces el furor enloqueció á este desgraciado, y esta mañana, cuando el sol acariciaba al mundo prodigándole luz y calor, ha asesinado al que lo llevó hasta tu tribunal. He aquí por qué esas gentes le persiguen; he aquí por qué te piden su muerte.

La reina sintió que el llanto oprimía su pecho y murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Luego yo no hice justicia!

El viejo pastor la oyó y dijo:

—Nadie puede administrar justicia á otro, y tú menos que nadie, reina; tú no tienes ningún derecho á ser justiciera, puesto que contribuyes á perpetuar el mal.

—¿Yo?—preguntó con viveza.

—Sí, tú; porque tú eres la autoridad. ¿No eres tú quien defiende á los poseedores de la riqueza; la que proteges á los opulentos que te rodean; á los detentadores de la tierra, gentes todas para quienes el pobre es un eterno enemigo? ¿No te has regocijado en contemplar la prosperidad de este país? Sin embargo, dejaste de pensar cuando te presentaron á este desgraciado, cuyo crimen consistía en querer vivir, que toda esta riqueza sólo sirve para unos cuantos y le castigastéis diciéndole que nadie tenía derecho á apoderarse del bienestar de los demás. No te preguntaste en virtud de qué anomalía social había un vagabundo, un desheredado en este valle de la abundancia, y le condenaste porque había querido comer. Tu justicia debe estar satisfecha, porque ha causado la muerte de tres seres.

La reina bajó la cabeza, abatida, humillada: sus lágrimas afluyeron con abundancia. Entonces comprendió la vanidad é impotencia de su justicia y se convenció de que mientras hubiese pobres y ricos, lo que se llama justicia no sería otra cosa que la defensa inicua y cruel de los segundos; la desgracia y abominación de los primeros; pensó que su poder sostenía todo eso tan bárbaro, y silenciosamente echó pie á tierra, abrazó al desgraciado, cuyo cuerpo desnudo temblaba por el frío de la tarde, y en voz baja le pidió perdón, mientras que el viejo pastor meneaba la cabeza diciendo: «A buena hora».

BERNARD LAZARE

De *Renovación*, de San José, Costa Rica.

LA COLA DE LA ULTIMA HUELGA

Consejos de Guerra

El día 12 del pasado mes de Enero se celebró un Consejo de Guerra contra nuestro amigo Volney Conde Pelayo, hijo del conocido y popular librepensador de Portugalete, médico señor Conde Pelayo.

A este amigo se le acusó de resistencia á la fuerza armada durante los días de la huelga general en Baracaldo.

El fiscal militar le pide seis años de prisión correccional.

A pesar del tiempo transcurrido desde la celebración del Consejo de Guerra, hasta la fecha en que escribo estas líneas, 20 de Febrero, no se sabe la pena impuesta; sólo se susurra que se le imponen dos años, cuatro meses y un día.

A nuestro amigo el doctor Medinaveitia (José), se le seguía también proceso por los sucesos de la huelga general, siendo sobreseída su causa.

También se ha celebrado ayer un Consejo de Guerra contra Francisco Zorrilla, Honorato Saez y Mariano de Diego.

A éstos se les acusa de agresión á la fuerza armada.

El fiscal pide para Mariano de Diego la pena de cuatro años, dos meses y un día de prisión; á Francisco Zorrilla, dos años, cuatro meses y un día y á Honorato Sáez, seis meses y un día.

Las sentencias han pasado á la aprobación del capitán general.

El Francisco Zorrilla es soldado del regimiento de Sicilia, número 7, y si no estoy mal informado, se halla preso en uno de los cuarteles que ocupa el regimiento de Garellano.

MARIANO LÓPEZ

Bilbao.

De administración

Desde el próximo número dejaremos de servir el periódico á todos aquellos corresponsales que más retrasadas tienen sus cuentas con esta administración, tanto de paquetes como de almanaques, y que sordos á nuestro anterior aviso, nada han hecho por cumplir sus compromisos.

Ténganlo en cuenta los compañeros si ven que á sus respectivas localidades no llega el periódico para que sepan á qué atenerse.

Igual suerte correrán los corresponsales morosos que durante todo el mes de Marzo próximo no se pongan al corriente en sus débitos.

⁂

No serviremos ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe, ni mandaremos libros y folletos los cuales no estén anunciados como de esta administración.

⁂

Es de imprescindible necesidad que los paqueteros que reciben dos ó más paquetes semanales liquiden sus cuentas mensualmente: los que reciban uno, cada dos meses y cada tres meses los que sólo reciban menos de un paquete.

⁂

Para la buena marcha administrativa del semanario, solicitamos de los compañeros y grupos, que cuando manden cantidades de dinero lo hagan con el nombre del que recibe los paquetes; así evitaremos lamentables equivocaciones, pues se dan casos en los cuales el que recibe el paquete es uno y otro quien nos manda su importe; nosotros para los efectos administrativos, sólo nos atenemos al nombre á quien mandamos los paquetes.

La aventura de Juan Coquerel

I

Era Juan Coquerel un hombre completamente feliz. Tenía una casa compuesta de tres piezas decorosamente amuebladas y vivía en compañía de su esposa y de un hijo de pocos años.

Su oficio de constructor de carros le proporcionaba lo suficiente para vivir con relativa holgura y atender á las necesidades de la familia.

Una tarde de verano regresaba Juan Coquerel á su domicilio por el boulevard Picpus. Estaba fatigado y tenía mucho apetito, cosa que no le desagradaba en verdad. Apretaba el paso, no obstante el calor, cuando uno de sus pies chocó contra una cartera que saltó sobre la acera como una rana.

—¿Qué haces ahí?—murmuró Coquerel.

La cartera, de que el honrado transeunte se apoderó enseguida, era de cuero de vaca y estaba cerrada por medio de un elástico.

—Has tenido la fortuna de que te haya encontrado Coquerel y, por tanto, no te has perdido. No tardarás en volver al bolsillo de tu legítimo dueño.

Juan guardó su hallazgo y prosiguió su camino. Cuando llegó á su casa, al ver que humeaba la sopa en la mesa, comenzó por hacerse servir un buen plato y dijo:

—He encontrado en la calle una cartera que, al parecer, no está vacía. Después de comer veremos lo que contiene.

Terminada la comida, Coquerel encendió su pipa y se sentó en una amplia butaca para saborear el café que su mujer acababa de servirle.

—Veamos ahora lo que hay aquí dentro.

Quitó la goma, abrió la cartera y en sus ojos se reflejó la respetuosa admiración de que se hallaba poseído.

—¡Mira, mira!—dijo á su compañera.—¡Hay aquí miles y miles de francos!

Los dos esposos contemplaron asombrados los fajos de billetes azules que llenaban la cartera.

—No quiero guardar esto en casa—dijo Juan.—Su custodia me haría pasar una mala noche. Veamos si hay alguna dirección.

Con efecto, había una, pero muy lejana, referente á Levallois-Perret.

II

Coquerel acabó de fumar su pipa, se levantó y se dirigió presuroso al puesto de policía más cercano. El comisario estaba ausente y Juan fué recibido por un subalterno, que, por cierto, no le acogió con muy buenas maneras. Pero cuando vió la cartera y se hubo dado cuenta de la importancia de la cantidad que contenía mostróse tan amable como lo permitía su avinagrado y neurasténico rostro.

—¡Es usted un modelo de honradez!—exclamó.

Después hizo firmar á Coquerel un documento y añadió:

—¡Merece usted una recompensa!

Juan regresó á su domicilio en extremo alegre y satisfecho y durmió como un bienaventurado.

Por la tarde recibió una orden con arreglo á la cual debía presentarse á la mañana siguiente en la comisaría.

—Indudablemente, tendrán que darte una buena noticia—dijo la mujer sonriendo.—¡Ya verás cómo te premian por tu honradez!

—¡Lo supongo!—contestó Juan Coquerel con aire de triunfo.

III

Al otro día, muy de mañana, dirigióse á la comisaría y se encontró allí ante un hombre moreno y de pobladas cejas, de ojos saltones y de antipático aspecto.

—¿Es usted el individuo de la cartera?

—Para servir á usted, señor comisario.

—¿No tiene usted nada que echarse en cara?

—No, señor; nada absolutamente—contestó Coquerel con cierta inquietud.

—Pues voy á ponerle á usted al corriente de lo que ocurre. De la información practicada cerca del dueño de la cartera, que ha sido descubierto, resulta que faltan trescientos francos.

Juan Coquerel comprendió enseguida que le amenazaba algo terrible y extraordinario. Se puso pálido y se echó á temblar como el azogue.

—Pero no he sido yo quien los ha sustraído—contestó con enérgico acento.

Pero el comisario no dió crédito á sus palabras.

—Está usted en un sitio donde de nada sirven las frases amañadas. Hay un hecho que es preciso aclarar. ¿Puede usted explicarlo satisfactoriamente?

—Lo único que puedo afirmar es que encontré la cartera, que la traje aquí y que no he sacado nada de ella.

—Oiga usted, buen hombre—murmuró el comisario con benevolencia,—oiga usted el consejo que voy á darle. No se le perseguirá á usted judicialmente si se pone en razón, como espero. Se echará tierra al asunto, en vista de que no ha desaparecido más que una pequeña parte de la cantidad... pero es preciso que esta parte sea restituída á su propietario. Le doy á usted un día de plazo para reflexionar. ¡Vaya usted con Dios!

—¡Señor comisario—gritó Coquerel en el colmo de la desesperación,—le juro á usted por mi hijo que soy inocente! ¡Le juro á usted que he traído aquí la cartera tal como la encontré en la calle!

—¡Jure usted por lo que quiera! Lo cierto es que han desaparecido trescientos francos. Amigo mío, las palabras no son billetes de Banco. ¡Siga usted mi consejo!

Juan Coquerel trató de protestar nuevamente; pero el comisario se negó á escucharle.

—¡Hay diez personas que están esperando turno!

IV

Juan Coquerel regresó á su casa con el corazón henchido de tristeza.

Después de unas cuantas horas de indignación y de rabia mal contenidas hizo lo único que le pareció posible hacer. Reunió sus economías y empeñó en el Monte de Piedad las sortijas de su mujer á fin de contar con los trescientos francos de la catástrofe.

Su triste aventura, divulgada por los empleados de la Comisaría, transcendió á la vecindad y llegó á oidos de su patrono. El descrédito y la desconfianza de las gentes colmaron la desdicha del pobre artesano.

De modo que Juan Coquerel, por haber recogido una fortuna en el boulevard Picpus y haberla llevado á la Comisaría, cayó desde la altura de su felicidad para no volver á alcanzarla en toda su vida.

J. H. ROSNY

Tenemos en nuestro poder la edición del folleto que contiene la hermosa conferencia de clara orientación sindicalista que con el título de PROLETARIADO EMANCIPADOR, *dió nuestro compañero Anselmo Lorenzo en Madrid el día 17 de Septiembre.*

10 céntimos ejemplar.

Además tenemos buen número de ejemplares de los folletos SOLIDARIDAD, EL POSEEDOR ROMANO *y* GENERALIDADES SOCIALES, *por Anselmo Lorenzo.*

10 céntimos ejemplar.

COMUNISMO Y ANARQUÍA, *por Carlos Cafiero.*

5 céntimos ejemplar.

EL OBRERO MODERNO, *por T. Herreros.*

10 céntimos ejemplar.

ASPECTO SOCIAL DE LA LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS, *conferencia leída por el Dr. Queraltó, en el Congreso de Medicina contra la Tuberculosis.*

25 céntimos ejemplar.

Pidiendo más de cinco ejemplares se hará el 30 por 100 de descuento, excepto el del Dr. Queraltó, que su descuento es el 50 por 100.

La Revolución Mejicana

Aspecto de la lucha

Dicen de Méjico que el general revolucionario Emiliano Zapata, después de la batalla de Cuernavaca se ha replegado sobre Balsas, estableciendo allí su cuartel general, logrando la última semana una gran victoria, reconocida por las autoridades de Méjico, sobre el coronel Martín Vicario que pereció en la contienda.

La situación, no deja, por tanto, de ser inquietante cerca de la capital y continúa grave en los estados de Morelos y de Sonora.

En este último punto, el jefe de los rebeldes es un indio yanqui, el cacique Salgado, que recientemente se había sometido bajo la promesa del general boer Ben Viljoen, al servicio del gobierno mejicano, que se devolverían á los indios las tierras de que fueron desposeídos durante la dictadura.

El presidente Madero había hecho distribuir armas á los hombres de la tribu de Salgado con la esperanza que se opondrían al avance de los indios irreconciliables. Pero cuando el cacique vió que Madero, con diversos pretextos aplazaba el cumplimiento de sus promesas, hizo de nuevo causa común con las tribus rebeldes que le confiaron en seguida la dirección de las operaciones en el estado de Sonora, de suerte que las armas dadas por el Gobierno sirvieron para combatirle.

Lo mismo ocurre en el estado de Morelos.

Situación difícil

La situación actual de Méjico es gravísima.

La anarquía cunde en todo el territorio de la República.

Los revolucionarios son dueños de muchas ciudades.

En Tlatiaya cerca de la frontera del Sur, ha tenido lugar un combate en el cual han sufrido los rebeldes 27 bajas.

La guardia rural ha tenido once muertos y nueve heridos.

De *El Progreso* de Barcelona

Sin comentarios.

Maremagnum

En el número 96 publicábamos la siguiente noticia:

«Ayer me comunicaron le sentencia firme, firmada por el capitán general, y es la que os decía, seis meses y un día; de manera que para primeros de Abril pasaré á veros antes de embarcar para el Brasil. Me han sobreseído el proceso por la huelga: continúa el destierro».

Hemos de hacer la aclaración de que se trata de nuestro querido compañero Lorenzo Miñana, que reside en el Brasil, y vino á Zaragoza á recoger á su hijo, en cuya capital se hallaba durante la huelga general de Septiembre.

Celebramos que el mal no haya sido mayor y pueda trasladarse al Brasil á continuar la labor emancipadora.

⁂

Libres de las trabas canónicas y civiles, se han unido, en Cañete de las Torres, nuestros compañeros José Alvarez Supiañes y Trinidad Rodríguez.

⁂

Se desea saber el paradero de Agustín Trullás, que residía en Barcelona, dependiente de establecimiento de bebidas y que hace poco marchó á Méjico.

Quien lo sepa puede dirigirse á Pablo Vilaseca, Era den Coma, 56, 2.º, 2.ª, Manresa.

⁂

La «Asociación de Instrucción y Recreo», de La Línea de la Concepción, mandará un ejemplar de sus estatutos á J. Rodríguez, de Chiclana.

⁂

¡Tierra! de la Habana, mandará 25 ejemplares en vez de 15, al compañero A. S. C., de Huelva, calle de Bailén, núm. 9.

⁂

La Voz de Obrero, de Coruña, mandará á Juan Fortes, de Huelva, calle Tetuán, 11, peluquería, 15 ejemplares y le dirá si adeuda algún paquete.

⁂

Escuela Moderna, de Valencia, remitirá cinco ejemplares cada vez que aparezca á Miguel Gento, Zapateros, 6, Mina, Silos de Calañas, (Huelva).

⁂

¡Tierra! de la Habana, mandará medio paquete á Isabel Barea, San Agustín, núm. 4, Jerez de la Frontera (España).

⁂

El compañero Juan Garriga hace saber á Felipe Barjau que su dirección es ésta: Francia, Pirineos Orientales, Conton de Tuy, Bagés, y al propio tiempo desea saber el paradero de José Ferrer, residente en Marsella hace dos meses.

⁂

El segundo concurso.—El grupo «Los Sin Nombre», de Panamá, iniciador del segundo concurso, ha decidido que éste quede sin efecto en atención á la frialdad con que parece ha sido acogido.

Aceptamos, desde luego, tal decisión; pero hemos de hacer constar nuestra opinión de que el aparente fracaso del Concurso reconoce por única causa la falta de publicidad de las bases para el mismo, por haber sido denunciadas por el fiscal, y, por lo tanto, vernos privados de publicarlas con la frecuencia que lo hicimos con las del primer concurso.

⁂

Las cantidades recibidas directamente del grupo «Libre Examen», de Pedro Miguel (Panamá), son las siguientes:

Publicada en el número 74, 59'40 pesetas; en el número 83, 112; en el número 92, 54 y en el número 97, 100'75; total, 326'15 pesetas

⁂

El compañero Antonio Abologio, residente en Buenos Aires, desea saber el domicilio de José Robles, que fué confinado con Anselmo Lorenzo.

Quien lo sepa puede comunicarlo á Elvira Fernández, Estados Unidos, 1399, Buenos Aires, ó á esta administración.

⁂

Habiéndose constituído en esta ciudad un Comité «Pro-presos» con el fin de trabajar activamente y con el mayor entusiasmo hasta obtener la libertad de los presos por asuntos políticos y sociales de toda España, lo ponemos en conocimiento de todas las instituciones avanzadas para que estén de común acuerdo con todos los comités «Pro-presos» para emprender una campaña que sea fructífera para los mismos.

Siendo esta población una de las más perjudicadas por los sucesos de Septiembre último, como lo prueba el estar recluídos veinte compañeros, entre ellos la mayor parte condenados á 15, 6 y 4 años, este comité Pro-presos ha abierto una suscripción en favor de los mismos, dando por ahora excelentes resultados, y con lo que se recauda atenderemos á las necesidades de los presos y de sus familias, así es que no hay necesidad de que vosotros os preocupéis de los presos de esta localidad en este sentido.

A trabajar, pues, todos juntos para conseguir la inmediata libertad de nuestros compañeros, víctimas de las miserias é infamias sociales.

Todas las entidades, grupos ó comisiones que deseen relacionarse con los fines que persigue este Comité pueden hacerlo á la dirección siguiente: Comité Pro-presos de Játiva. Emilio Ribelles.

⁂

En Cartagena ha sido inscripta civilmente con el nombre de Amor, una niña, hija de los compañeros Pedro Esteve y Dolores Andreu.

Los hipócritas, los padres de la iglesia, por esta vez han perdido el dinero que sin trabajar cobran por el chaparrón bautismal.

⁂